

antes de tomar asiento en el poético lugar que hoy habita. Es curiosa esta trashumancia a que se vio sometida la ciudad por diferentes motivos, entre los cuales el capitalísimo fue siempre la insistencia con que se vio atacada y destruida por los aborígenes. En la actualidad es imposible localizar el sitio donde fue fundada primitivamente la ciudad, cuando tomó el nombre de **Buga la Vieja**. Después fue denominada Guadalajara de la Victoria de Buga, y por último, Buga, escuetamente.

Por el gran acopio de datos y por la aguda interpretación que de muchos hechos ofrece, la historia de Tascón está llamada a perdurables destinos. En todo caso, ella es indispensable para quienes se preocupen por averiguar el origen de las fundaciones vallecaucanas.

Esta vocación por la historia le viene al señor Tascón por la sangre. Su padre, el doctor Leonardo Tascón, fue un investigador metódico de la historia nativa y un filólogo consumado del lenguaje indígena. Por estas razones, a veces llegamos a creer que lo fundamental en la personalidad de Tulio Enrique Tascón no es el político sino más bien el historiador y el jurista. La "Historia de la Conquista de Buga", tan atildada y prolija, pudiera servirnos de fundamento para una aserción de esta naturaleza. Mas si se piensa que ella fue escrita entre los afanes de sus labores de estadista, a las cuales ha dedicado la mayor parte de su tiempo. Tascón es un insigne letrado y un gobernante ecuánime, como lo eran los fundadores de la Patria.

«ULTRAMAR»

Octavio Amórtegui

Mármara, mar, maramar.

Jorge Guillén

Octavio Amórtegui es uno de los más finos poetas de Colombia. Ha escrito "Patios de Luna", poesías, publicado en 1924. "Nubes de Antaño", libro inédito de poesía. "El demonio interior", relatos; inédito también. Y "Ultramar", cuaderno de canciones marinas. Una biografía mínima del mar. El mar de Octavio Amórtegui.

No es éste el mar antiguo que inventó la aventura y la estrella polar y el alarido, así como las mujeres han inventado la curva y el tacto y el deseo. Tampoco es el mar griego que pone collares de espuma y caracolas al cuello de las islas. Ni el otro mar,

con brazos de canto y de naufragio y pérdida sonrisa de escolleras. Ni el mar romano, con su traje de espejos azules y el pico de las gaviotas sobre el merengue triangular de las velas. Ni el mar fosforescente de Ceylán, que tiene labios de caricia para el extendido cuerpo arenoso de la playa, hecha de silencio dorado y esperanza de la más dulce huella. Ni el mar pirata de los vikings, que alza una columna de gemidos para la bandera única del viento. Ni el mar latino del Renacimiento, con medialuna berberisca al pecho y saetas católicas al cielo. Ni el mar remoto al que los faros enlazan como a un toro con sus sogas de resplandor. Ni el mar de América, herido de sombra de palmeras, y seno de mulata y pecho de indio y frente de piragua.

Tampoco es éste el "mar medido con el compás del verso clásico" que abre los brazos de sus golfos en el poema de Rafael Maya. Ni el que servía de altavoz al llanto de los románticos. Ni aquel mar ávido como una esponja de lujuria, en soledad casi lunar, que inunda la garganta de Pablo Neruda. Ni el océano condecorado de estrellitas gongorinas y limitado por verdes cabelleas de sirena que alimenta como un aceite sutilísimo la voz almiranta de Rafael Alberti. (El mismo Rafael Alberti, presidente de los tercetos, precioso y maquillado poeta comunista que nos ha prometido morir con los zapatos puestos). Ni el mar que está como un grano de sal bajo la lengua gitana de Federico García Lorca. Ni el mar jacarandoso y bravucón de Núñez de Arce. Ni el mar esdrújulo que no han visto los ojos nórdicos —fantásticas luciérnagas— de León de Greiff y que probablemente no verán ya los míos, de un indígena color sin importancia. "Su cántiga ondulosa", "Su trémula curva", "Su rútilo azogue". "Sus cóleras cíclopeas". "Su impávido mutismo". "Sus golfos ilimites".

No.

El mar de Octavio Amórtegui es apenas un gran juguete para los niños dorados de la tarde y para las blancas niñas de la brisa. El recogió su anchuroso rumor y lo hizo pasar delgadamente por las flautas del verso. El alargó el cuerpo salino de la onda para tenderla en el cauce finísimo de su poesía. Casi podríamos decir que en su pequeño libro de poemas marinos "Ultramar", está realizado el deseo del niño a quien vio San Agustín queriendo vaciar con una concha toda el agua de los océanos en un huequillo abierto entre la arena.

Octavio Amórtegui nos ha regalado un álbum mínimo de estampas, que desenvuelven ante la imaginación toda una fresca historieta del mar, con sus barcas de claro nombre, recogido en la ribera ingenua de las letanías y sus barcarolas tejidas sílaba por sílaba con la misma voz bisbeante de la espuma. Cada poema es una leve pecera de cristal en donde glisan brillantemente las metáforas y la luz juega a inventar nuevos matices. En "Ultramar" está cautivo el mar que se levanta en el alba y se lava los

ojos de arenas celestiales; el mar de olas ociosas que se entretienen como colegialas saltando bajo el sol la cuerda trémula del horizonte; el mar en que regresan las barcas llenas de canciones cuando una blanca hilera de pájaros marinos vanda la herida de la tarde; el mar que se adormece bajo la mano lenta de la sombra mientras abre la noche su abanico de estrellas.

Encontramos allí deliciosas acuarelas, miniaturas de ritmo dibujadas en la más clara página del día:

**“Como una niña bretona,
el mar sobre el malecón,
teje encajes de ilusión
y luégo los abandona”.**

E imágenes de muy gracioso colorismo meciéndose en la bordada escalerilla del romance:

**“La ola contra la banda.
bajo la tarde tranquila,
revienta encajes de Holanda
y mantones de Manila”.**

Y el breve poema en donde una vaga saudade sube como un vaho espiritual y las palabras se prolongan en un halo triste como el instante, en el recuerdo:

**“Noche de luna, este cielo
tiene playas como el mar;
es un agua suspendida,
una laguna invertida...
¡quién la pudiera surcar!
Sobre las arenas rubias
de las nubes, está el faro,
el triste faro lunar;
los luceros son las boyas
y las estrellas las barcas
de pescar...”**

**—Son las luces de los mástiles
que escudriñan sin cesar—
(¿Es que el mar refleja el cielo,
o el cielo refleja el mar?)
Esta brisa es la resaca
que se queja sin cesar;
esta brisa es la resaca
y esta pena sin igual
es aquella barca rota
a la orilla de la mar...”**

Mármara. Mar. Maramar. La onda sigue sonando sobre la playa del sueño. Y sobre el sueño un nombre se alza como trino o bandera. Y en la bahía más remota aún se peina con su peine de oro la última sirena. Y los ojos nacieron para despedirlos a lomo de viento y con brújula de azar. Y todos los mares del mundo se han puesto a cantar agolpados en mi corazón. Mármara, mar, maramar.

E. C.

ANTIOQUIA EN LA SELVA Y EN EL MAR

Víctor Emilio Jara

Con el sencillo título de *Antioquia en la selva y el mar*, próximamente publicará su primer libro Víctor Emilio Jara.

La ancha y vigorosa tierra de Antioquia desfila fuertemente dibujada por las páginas rápidas y ágiles de este libro que, como el mismo autor lo dice, no pretende otra cosa que la de ser un *trailer* del regio departamental colombiano. Y esta intención ha sido admirablemente lograda en la obra del joven autor: espléndida de color, vital, sana, optimista, quedó captada Antioquia. El escritor la ha visto con los ojos apresurados de un viajero de trenes y aviones y caminos de arriería, rápidamente y por los aspectos que tienen más color y que son los más hondos y, por lo tanto, con un poco de paradoja, los más visibles. ¿Quién puede definir a Antioquia? No cabría en ningún libro la esencia de esa tierra. Sin embargo, puede afirmarse que en su definición, en su realidad, predomina lo que es vital: feracidad de la tierra en sus montañas, en el torrente de sus ríos, en sus vetas de oro, vitalidad, abundancia, en su naturaleza; y vitalidad, salud de la raza y salud de las almas, en sus gentes. Plenitud de vitalidad en todas partes. Hombres y campos y ríos y montañas en la más vigorosa y rebosada salud. Esta es, esta debe ser para el viajero que recorra Antioquia la idea predominante: que esta zona colombiana está como rebosada de vitalidad. Así nos la presenta el libro de Jara, y ésta es, sin duda, la visión más cierta de Antioquia. Raza de trabajo y de trabajadores que se han abierto paso descuartando montañas, en la más recia y alegre epopeya de los brazos que nunca se rinden trabajando.

El libro es, pues, una serie de visiones como láminas de Antioquia. Lleva el desordenado orden que llevó el viajero. No hay ningún personaje central, ni se propone la demostración de ninguna tesis concreta. Antioquia, ver a Antioquia por todas partes... En sus hombres, en sus caminos, en sus pueblos. Una visión